

Evocación del Poeta Francisco Puig Espert.

Charla emitida por la Radio-Televisión
Francesa, Hora de España, el 16 - III - 1968

¡Un año ya!. Ha transcurrido un año desde que acompañamos a la tierra de su reposo eterno los despojos mortales del gran poeta valenciano, nuestro dilecto amigo Francisco Puig Espert. Veloces huyeron los días, ¡ay!, más veloces cuando más quisiéramos que se prolongaran, por sentirnos viejos, y cercano ya el término de la jornada.

Como el príncipe de Kapilawastu, cuando salió del palacio encantado de sus padres y se enfrentó con la miseria, la enfermedad y la muerte, podríamos decir: "He visto como pasa -- la errante juventud, tan pasajera -- como la ténue gasa -- de una niebla ligera -- que disipa la aurora mañanera!-- Y la salud, Dios mío, -- fué como gota de la escarcha helada, -- lágrima de rocío -- que vuela evaporada -- en leve nube por el sol besada. -- Cual la dulce ambrosía -- de la rosa, el vivir -- duró apenas lo que la flor de un día.--"

El solo consuelo del Buda fué descubrir que en el Alma del Mundo, permanece eterno lo que es efímero en el devenir del tiempo: "por Tí lo que es inerte -- vive en la eternidad. -- Tú eres la vida -- que transpone a la muerte. -- Toda sombra marchita -- es eterna en tu seno. Allí, Dios mío, -- tienen vida infinita -- los témpanos del río -- la niebla, el alba, el cielo y el rocío.

Aquella tarde, el cielo gris del norte se vistió de luz. Diríase que al acoger al amigo la tierra aterida, quiso el cielo caldearla con el rayo de sol que le debía su patria lejana, aquella Valencia a la que había ofrendado sus mejores cantos.

Y hoy, los compañeros de Puig Espert, de la radio París, me piden que teja esta corona fúnebre, por el solo privilegio de ser probablemente yo, de los españoles aquí residentes, el más antiguo amigo del poeta. En efecto nuestra amistad data de más de medio siglo, y ni aun con la muerte se ha interrumpido, pues que vive en el afecto y en el recuerdo, después que él nos dejó para siempre. ¿Para siempre?. ¡Quien sabe!. Por algo el hombre aspira y su corazón espera, y acaso cada cual pueda decirse un día, como el patriarca Job, cuando estaba hundido en la sima de su miseria: "Yo sé que vive mi Redentor en mí, y que he de resucitar de la tierra".

Siendo ambos muy jóvenes, coincidimos en la misma vecindad. Y desde el primer día brotó por afinidad de gustos y cultura - no siempre de ideas- una amistad perdurable. Estudiaba él entonces lengua y poesía italiana, en las que había de llegar a ser maestro consumado. Leía con avidez cuanto se editaba en lengua catalana, cincelaba versos y escribía poética prosa en valenciano. Por las noches, nos reuníamos en tertulia, con mis hermanos y algún otro amigo, para comunicarnos nuestras inquietudes filosóficas y hallazgos literarios, y leernos algo de lo que escribíamos, o para escuchar sonatas de Beethoven que mi hermana Acacia interpretaba primorosamente al piano.

Así gocé las primicias de muchos de sus versos, cuentos y comedias que, siendo buenos, todavía parecían mejores recitados por él con la singular emoción y calor con que los decía. Destaca en mis recuerdos un cuento que, según creo, recogió luego en su libro ESBERLES DEL COR, titulado la MAREDEUETA, linda palabra valenciana cuya traducción en castellano no encuentro. Virgencita es menos dulce y expresivo. Quizás algún indito mexicano

hallaría uno de aquellos preciosos diminutivos del dulce español de América que suavizan nuestro áspero acento de hombres de la meseta y la montaña.

LO POEM DE L'AIGUA, le valió su primera Flor Natural en los Juegos Florales del Rat Penat, allá en los inicios de los años veinte, o quizás antes. ¿Cómo no habían de ser el agua y la luz los temas de inspiración preferidos de un joven poeta levantino?. El agua y la luz; los dos elementos fluídos a través de los cuales se expresa en el mundo natural el mensaje divino de la belleza. Otros galardones poéticos fué cosechando en su juventud, y cuando hubo de salir de España, con la caravana de los justos, en 1939, era ya Mestre en Gay Saber. Maestro en la gaya ciencia, invención singularísima de los pueblos de habla catalana, tan superiormente civilizados que hicieron de una flor y una lira, y no de una espada o de un yunque, ni siquiera de un arado, el símbolo de la maestría.

Después de muchos años durante los cuales su voz estuvo ausente de la ciudad, dióle la vida suficiente compensación, hace pocos años, cuando los Juegos Florales de Valencia le concedieron por cuarta vez el premio de la poesía. ¡La ausencia de la patria!, (la mayor de las penas que pueda soportar un hombre, y lo dice quien conoció siendo niño la doble orfandad), la ausencia de la patria fué especialmente dura y difícil para Puig Espert, Mas también le recompensó al cabo, permitiéndole conocer el supremo bien del hombre en este mundo: el calor de hogar, merced a la compañía de una mujer buena, y el don de la paternidad. ¡Con qué afán trabajaron los dos para dar a sus tres hijos pan, educación y cariño!.

La prolongada ausencia de España se le hizo llevadera y fué fecunda gracias a la Radiotelevisión francesa y a la buena amistad del insigne hispanista Jean Camp, recientemente fallecido, y de su hijo André, amistad que afincaba, sin duda, además de en motivos de afecto personal, en la hermandad de las hablas provenzal y valenciana. Durante estos años, Francisco Puig Espert escribió, leyó, imaginó, soñó y enseñó cosas bellas y nobles, ora a sus alumnos del Collège Chaptal, ora a los millones de radioescuchas que, allá lejos, merced a la magia de las ondas y las antenas, reciben desde París el regalo de un noticiario libre y una información veraz de lo que pasa en el mundo, salpicados de amenidades musicales y literarias en que tan estimada y alabada fué la colaboración de Puig Espert, como autor, actor, lector y poeta.

Bien se ha ganado el derecho al reconocimiento eterno de su ciudad. ¿Eterno?. Quizás sea vocablo demasiado ambicioso. Dejémoslo en inmortal o perdurable. Sí, Puig Espert perdurará en la memoria de la valencianía renaciente, y diré por qué. Cuando juntos irrumpimos en la vida pública de la ciudad, llevábamos como ideal el renacimiento de una de las más legítimas glorias de España, la de las llamadas regiones -otros dicen nacionalidades o pueblos- con sus peculiares lenguas y tradiciones: "España no es una unidad homogénea ni menos abstracta, sino diferenciada en miembros que son unidades vivas a su vez". "Si hacéis un Estado libre en cuyo robusto tranco se enlacen armoniosamente, con vida y movimiento propios, esos órganos y miembros, entonces habréis, no desmembrado, sino remembrado a España", decía yo mismo como portavoz de esa común doctrina en Las Cortes de la nación, donde tuve el honor de representar a la ciudad y provincia de Valencia. Otros hablaban de la España rota. Hoy, ya de vuelta de antiguos descarríos, los que entonces no comprendieron, confiesan lealmente, como no ha mucho lo hizo el señor Serrano Suñer: "Me parece evidente que hay regiones españolas que constituyen entidades sociales y culturales diferenciadas y que nunca podrán vivir cómoda y fecundamente encerradas en la uniformidad oficial. Es preferible una variedad viva a una uniformidad muerta".

De una concepción de la futura España, que ahora se abre camino en todas las almas, fué Francisco Puig Espert precursor y guía. Por haberlo sido ha sufrido injustamente y ha muerto lejos de Valencia. Los rumores que de allí nos llegan, dicen que renace ahora el culto de la valencianía, y particularmente el de su hermosa habla vernácula, que el castellano Miguel de Cervantes celebró como la más hermosa y dulce de las lenguas.

Permitaseme abrigar la esperanza de que cuando, muy pronto, esa lengua haya recobrado la lozanía y esplendor de antaño, las generaciones futuras de valencianos se acordarán de que en el cementerio de Asnières, a las puertas de París hay la tumba del poeta Francisco Puig Espert, ante la cual, como ante las de los mártires que cantara Prudencio, nunc incolae frequentani observantes voce, votis, munere, vendrán a visitarla muchas gentes del país, para presentarle votos y ofrendas.

Fernando Valera.

Conmemorativo de la proclamación de la República

Discurso pronunciado y de solidaridad con los
conmemorativo de la proclamación de la
República española, obreros y estudiantes españoles.
1968, por Fernando Valera.

República es: Democracia, Libertad, Justicia;
Bienestar del pueblo y grandeza de la patria.

I. Es la hora de la juventud.

¡ V I V A L A R E P U B L I C A !

Por disciplina ocupo hoy esta tribuna. Me lo ordenó la Comisión Ejecutiva de A.R.D.E., y yo obedezco. Sin embargo, permítaseme decir que va En la noche del 20 de abril tuvo lugar el acto conmemorativo de la proclamación de la Segunda República. Los Partidos republicanos tuvieron singular interés en que la manifestación de este año estuviera a la altura de las circunstancias.

Presidió el Dr. Boix, presidente de la Agrupación A.R.D.E. Es el Dr. Boix un exponente constante de jovial entusiasmo por el republicanismo, disfruta como niño con juguete nuevo cada vez que se le presenta la ocasión de ahogarse en humos de amistad y de camaradería, no se alarma ante ningún lenguaje que manifieste ansias de libertad y de progreso; nunca, nunca, peca de ingenuo, lleva en su alma genio de verdadero luchador, es doctor que cura los cuerpos y alienta los espíritus, es en París la figura más popular entre toda la colonia española.

Habló un representante de las Juventudes Europeas liberales que manifestó un sentido claro de todos los problemas que hoy preocupan a la juventud. Muy capacitado, sin estridencias, con vocación al estudio y con franca inclinación a la acción razonada, un joven en los que se puede tener fe; forma entre la juventud que logrará imponerse, esa juventud que puede asegurar una continuidad sin recurrir a atropellar a quienes les precedimos.

Después nuestro compañero Jimeno habló de república y de socialismo, de actividades y de pausas, de las modas de hoy y de los posibles desencantos de mañana, con la crudeza pulida con que sabe manifestarse, con ese estilo personal que concede tan poco a la fantasía y le permite, sin usar de libertad escandalosa, desnudar actitudes y gestos. Además, Jimeno sabe no caer en la monotonía, siempre dice cosas nuevas e interesantes y administra con esmero los conocimientos que le proporcionan sus informadores amistosos; no busca el aplauso con las indiscreciones, no necesita ahora que lo acreditemos, ya es suficientemente conocido en todos los terrenos en los que se puede servir a las ideas.

Después, don Manuel Irujo se exaltó y nos exaltó a todos con su fe republicana. Rindió homenaje a la memoria del general Herrera y del señor Jiménez Fernández, los dos más recientes fallecidos del conjunto de personalidades que contribuyeron a hacer respetable en el mundo a la oposición anti-franquista.

Y finalizó el acto con la intervención de don Fernando Valera. Habiendo escuchado ya varias veces al señor Valera, bastaría decir ahora que su intervención fue una intervención valerista, de juego admirable con la dialéctica y el verbo. ¡A cualquier hora se le escapa una chabacanería! Y si se le escapara, cobraría inmediatamente calidad de sutileza. Sus discursos son lecciones de ética y de moral, habla en profesor del pueblo, como ya he dicho otra vez: con sencilla elegancia.

Francisco GIL POZO
De "EL Socialista" (Corresponsal)
portavoz del P.S.O.E.

TREINTA Y SIETE AÑOS DESPUES

mente más avanzadas, Francia e Inglaterra, no supieron levantar sus modernas
Discurso pronunciado en el gran mitin
conmemorativo de la proclamación de la
República española, el 20 de abril de
1968, por Fernando Valera.

quisiera hay que llevar del roncal para que no se precipiten por los despe-
naderos de la violencia. Porque el 14 de abril es un certificado que la his-
I.- Es la hora de la juventud.

Por disciplina ocupo hoy esta tribuna. Me lo ordenó la Comisión Eje-
cutiva de A.R.D.E., y yo obedezco. Sin embargo, permítaseme decir que va
siendo hora de que los jóvenes nos reemplacen en la tribuna, trinchera ci-
vil, dejándonos a los viejos -pronto valetudinarios- el derecho a gozar
del bien ganado reposo.

Cincuenta años hace ya que, siendo yo muchacho, subí por vez primera
a una tribuna para disertar sobre los movimientos políticos y religiosos
de la India moderna, colonia en rebeldía entonces de Inglaterra; y el ocho
de diciembre próximo se cumplirán los cuarenta y cinco años de mi primer
discurso político, en la ciudad de Carlet, provincia de Valencia, para pro-
testar contra la dictadura del general Primo de Rivera, que hacía apenas
tres meses se había implantado en España.

Sin aquella dictadura, acaso no habría intervenido yo nunca activamen-
te en las lides políticas, consagrando los pocos o muchos talentos orato-
rios con que me dotara la naturaleza, a la disertación social, literaria
o filosófica, que cuadraba mejor a la vocación de mi entendimiento. Mas,
suprimidas las escasas libertades políticas de que habíamos gozado duran-
te la era constitucional de la monarquía restaurada, el joven que yo era
entonces sintió la llamada del deber ciudadano, y bajé a la arena de donde
ya no he podido evadirme, sacrificando así en aras del patriotismo la vo-
cación social y filosófica que debiera haber sido la razón de ser de mi vi-
da. ¿No es hora ya, señor presidente y amigo, de que se me releve, y de
que otros correligionarios más vigorosos, por más jóvenes, ocupen en lo
sucesivo la vanguardia en la tribuna republicana?

II.- El 14 de Abril, lección de democracia.-

El 14 de abril se han cumplido treinta y siete años desde la fecha
gloriosa en que España dio una lección de democracia al mundo. No cierta-
mente la primera. Llenos están los anales de los pueblos hispanos de altí-
simos ejemplos que acreditan el superior espíritu cívico de nuestros pa-
dres y abuelos. Que sea bajo el árbol de Guernica, donde se congregaban
los ancianos del pueblo vasco, pueblo de hombres libres que no ha conoci-
do nunca la esclavitud, ni el feudalismo, ni la Inquisición, a pesar de
ser, o quizás precisamente por ser tan sinceramente cristiano; que sea en
las Cortes medievales de León, Aragón y Castilla, o en el Consejo de Cien-
to de Barcelona, o en la gloriosa Generalidad de Valencia, o en el Concilio
de Caspe, donde los diputados de las naciones que formaban la confederación
catalano-aragonesa cubrieron la vacante de un trono e instauraron una nue-
va dinastía, la dinastía castellana, no por la fuerza de las armas, sino
por la persuasión del diálogo; que sea en fin el 11 de febrero de 1873,
cuando el congreso de la monarquía liberal, nacida de la gloriosa revolu-
ción de septiembre, instauró por los votos de los diputados la primera
república, España ha dado pruebas reiteradas y patentes de las altas cali-
dades cívicas de nuestro pueblo. El origen pacífico y legal de las dos re-
públicas bien pudieran servir de lección a Europa, cuyas naciones política-

En el tomo II de las Obras de Mao Tse Tung, se lee este pensamiento en- mente más avanzadas, Francia e Inglaterra, no supieron levantar sus modernas democracias sino sobre los cadalsos embadurnados con la sangre de sus reyes.

Que no se nos venga, pues, con la monserga de que España es diferente, de que nuestro pueblo no está preparado para la libertad. Los déspotas siem- pre afirmaron que los pueblos son niños, o esclavos, o bestias de carga, a quienes hay que llevar del roncal para que no se precipiten por los despe- naderos de la violencia. Porque el 14 de abril es un certificado que la his- toria extendió, para la eternidad, un certificado acreditativo de que el pueblo español es uno de los más aptos, de los mejor preparados para la de- mocracia, pues que por vías de paz instauró dos veces la república, la orga- nizó en régimen de libertad y justicia y, llegada la hora de la tragedia, supo defenderla contra la subversión interior, la intervención del nazi- fascismo extranjero y contra la no intervención de las pluto-democracias occidentales, con heroísmo por ningún otro pueblo superado.

Y no quiero dejar de corregir aquí el error en que incurria semanas atrás el corresponsal en Madrid del New York Times, con ocasión de la visi- ta de la ex-reina Victoria. No, señor Tad Szulc, la reina Victoria, el prín- cipe y los infantes no huyeron después de una noche de terror hacia la fron- tera, sino que fueron protegidos por las juventudes republicanas y socialis- tas de Madrid contra los posibles excesos de las turbas, y escoltados por las fuerzas de orden público del nuevo Estado, mientras que don Alfonso em- barcaba en Cartagena, no en un navío de guerra británico, sino en un cruce- ro español que le condujo a Marsella, y el cual tuvo la gentileza de no la- arriar la bandera monárquica e izar la republicana hasta que hubo desembar- cado el soberano decaído.

III.- La República sigue siendo un ideal del porvenir.

Nuestras conmemoraciones del 11 de febrero o del 14 de abril no nacen de esa inclinación enfermiza de los ancianos a revivir el pasado. "Cual- quiera tiempo pasado fue mejor", ha cantado el poeta, y solemos repetir los viejos: ¡En mis tiempos...! Hasta llega el viejo a decir que en su tiem- po las mujeres eran más hermosas que ahora. Vana ilusión; las mujeres no han dejado de ser tan hermosas como siempre; somos nosotros los que hemos dejado de ser jóvenes y perdido la gracia de contemplar y gozar su hermosu- ra...

No; nosotros no tenemos la manía arcaizante del ayer; sino que vivimos y obramos con vocación de futuro. Nuestra rememoración de las gestas pasa- das no es sino como el vuelo o la carrera que el atleta toma para que sea más poderoso su salto o su lanzamiento.

Esta diferencia hay entre el tradicionalista y el revolucionario, que para el tradicionalista el pasado es todavía presente, y aun propende a ser futuro, y eternidad; mientras que para el revolucionario el pasado, la his- toria, el recuerdo, no son sino el impulso dialéctico de que cada genera- ción ha menester para dar el salto hacia el porvenir.

El hombre es un ser histórico. El único ser que hace historia. Y el que llevado del infantilismo mitológico, del adanismo, que ahora pasa por ideología revolucionaria, irrumpe en la vida como Adán en el Paraíso, cre- yendo que el mundo comienza con él y desligándose de la experiencia histó- rica de la humanidad, imagina ser un revolucionario, y no es más que un ni- ño o un primitivo. Ni siquiera un salvaje o un bárbaro, pues que éstos, a su manera, se sienten vinculados por los tabúes, supersticiones y costum- bres de la tribu o de la horda, a la experiencia colectiva de la sociedad. Somos, las Atenas, las Españas.

En el tomo II de las Obras de Mao Tse Tung, se lee este pensamiento entresacado de un discurso que pronunció en 1930: "El partido que pretenda dirigir un gran movimiento revolucionario, sin teoría revolucionaria, sin conocimiento de la historia, sin una comprensión profunda del movimiento de la realidad, nunca podrá alcanzar la victoria". En efecto, el primer deber, el inexcusable deber de una generación que entra en la historia para revolucionar la sociedad, es decir, para agitarla y llevarla constructivamente hacia una mayor libertad y justicia, ha de ser estudiar la realidad presente, en función del movimiento histórico que la forjó, y con la perspectiva de la creación futura.

Pues bien, así concebimos nuestra tarea la generación impetuosa que en 1931 instauró la segunda república. La república era para nosotros la revolución española. La revolución en el auténtico sentido de creación de un orden nuevo, más justo, perfecto y libre que el orden heredado de las generaciones que nos precedieron.

Creación, forja, tarea constructiva. Ni el iconoclasta, ni el incendiario, ni el terrorista, ni el asesino, son revolucionarios; sino máscaras que usurpan los emblemas, los estandartes, los himnos, y las ideas de la revolución para arrastrarlos por el cieno del crimen social, padre de la tiranía. Sólo merece llamarse revolucionario el que posee un pensamiento constructivo y tiene, además, el ímpetu creador que es menester para convertir en espléndida realidad social su pensamiento. Así como no hay edificio sin arquitecto, ni máquina sin ingeniero que tracen los planos conforme a las leyes de la mecánica y calculando las resistencias de los materiales, así no hay revolución sin una filosofía que presida las tareas creadoras del orden nuevo.

Imitad al escultor -enseñaba hace 1800 años en Alejandría el filósofo Plotino a sus discípulos-, imitad al escultor que cuando ha de esculpir la estatua de una Venus, comienza por concebir, lo primero, la idea o forma perfecta del cuerpo desnudo de la mujer, y empuñando luego el martillo y el cincel, golpea con arte y tesón la piedra dura, hasta que logra, al fin, infiltrar en el mármol, que es materia, la imagen ideal que llevaba en el pensamiento.

¿Cuál era el ideal que nos impulsó a los hombres de la generación que implantamos la segunda república, que preparamos y realizamos la gloriosa jornada del 14 de abril de 1931? Los organizadores de este acto lo han resumido muy bien en unas cuantas palabras, en la octavilla con que ha sido anunciado: Commemoración de la proclamación de la república, que es la historia, el pasado; solidaridad con los obreros y estudiantes españoles, que son el presente, para crear lo que en 1931 era porvenir y en 1968 sigue siéndolo: la República.

¿Qué es la República? La República es, dice la octavilla: democracia, libertad, justicia, bienestar del pueblo y grandeza de la patria. Cinco ideas que contienen toda una filosofía y constituyen todo un programa.

IV. Democracia y pueblo. Definiciones.

Lo primero DEMOCRACIA, poder del pueblo. Aunque etimológicamente, en sus orígenes, en Grecia donde fueron concebidos el sistema y la palabra, significó más bien poder de los pueblos, oi demoi tes Atikes, los demos del Atica que, al confederarse, formaron la ciudad de Atenas. Ellos decían las Atenas, con el mismo sentido que nuestros clásicos decían las Españas. Brindo al señor Irujo, que también estudió griego en Salamanca con don Miguel de Unamuno, la curiosidad de comprobar esta flamante etimología: los demos, las Atenas, las Españas.

Lo primero, democracia, poder del pueblo. Pero entendámonos, el pueblo o los pueblos, no la horda ni el público, ni las turbas, ni el rebaño; el pueblo, es decir, la comunidad de hombres libres, de ciudadanos -y en una democracia moderna todo hombre llegado a la madurez es libre y ciudadano- organizados en instituciones: familias, sindicatos, municipios, asociaciones de todo género, para ejercitar sus derechos y cumplir sus deberes.

Los regímenes totalitarios han prostituido la idea de pueblo, identificándolo con el rebaño, o con los batallones uniformados de camisas pardas, azules, negras o rojas; el rebaño que unas veces bala y otras berrea: ¡Heil Hitler!, ¡Duce, Duce!, ¡Franco, Franco, Franco!. ¡Eso no es el pueblo!

Ni es pueblo la muchedumbre congregada, con amenazas o halagos, en los espectáculos de masas, sin otra función que la de desfilar, aplaudir y obedecer a sus tiranos. Ni es pueblo la turba desencadenada, sin orden ni ley, a merced de los instintos primarios de la bestia humana, para entregarse impunemente, anónimamente, al crimen y al saqueo. Oclocracia llamaban los griegos, según Aristóteles, a esa forma de caos político, oclocracia o gobierno de las turbas, que precisamente es la antítesis, usurpación o corrupción de la democracia o gobierno del pueblo.

No; el pueblo no grita, ni berrea, ni muge, ni ruje, ni bala. El pueblo, que está formado de hombres libres, de ciudadanos, de seres racionales, habla en las urnas del sufragio, con el lenguaje grave y solemne de la votación popular, para designar a las autoridades legítimas que le representen.

No hay poder legítimo, sino el que mana de la libre expresión de la voluntad del pueblo, de la soberanía nacional, que no cabe tampoco confundir con el deseo o el capricho aislado de cada uno de nosotros ni de los grupos en que militamos, pues la soberanía nacional, en buena doctrina democrática, quiere decir la voluntad colectiva de la sociedad que todos formamos, organizada en la república.

Y sin libertades iguales de todos los ciudadanos, claro es que no hay democracia, ni legitimidad, ni deber moral de acatamiento a los poderes constituidos. Por algo en la Declaración inicial de los Derechos del Hombre figura la resistencia a la opresión - el desacatamiento y rebeldía a las autoridades ilegítimas- como uno de los cuatro derechos -y deberes- esenciales de la persona humana.

Las concentraciones de grandes masas de súbditos privados de derechos, nada valen ni significan, como fundamento de la legitimidad del poder. Cuando los demócratas españoles del interior y del exilio, reunidos bajo los auspicios del Movimiento Europeo, aprobamos en 1962 la que se ha llamado Declaración de Munich -el único acto de la oposición que ha sacudido hasta sus cimientos las estructuras del régimen franquista- las autoridades organizaron por toda España aparatosas concentraciones de masas para desagrar al Caudillo. Dícese que en una de ellas, celebrada en Valencia, destacaba entre el bramido de las aclamaciones una voz poderosísima, digna de un faraute o pregón antiguo, dando vivas al Caudillo, tan estentóneos que llamó la atención de los que ocupaban la tribuna presidencial. Mandaron a buscar al gritador e hicieronle subir al estrado para felicitarle. Era un churro, como se llama en Valencia a los serranos descendientes de Aragón; un anciano casi octogenario, chaparro y arrugadito.

"Es admirable que a sus años conserve Vd. ese vozarrón" dicen que comentó una de las autoridades.

"Ah, pues ahora soy viejo y no valgo para nada. Tenían que haberme oído Vds. treinta años atrás, el 14 de Abril, cuando gritaba viva la República."

La historia se non è vera è ben trovata. Y es que los espectáculos de masas, como los plebiscitos amanados, como las elecciones celebradas manejando alternativamente el látigo y el bocado, la amenaza y el soborno, no significan nada, ni en el mejor de los casos expresan otra cosa que el contagio de un entusiasmo artificial, y pasajero, y prefabricado, que en modo alguno cabe confundir con la expresión de la voluntad popular en unas elecciones libres.

Después de treinta o más años de vivir España sometida al régimen de la mentira, de la propaganda única del Estado, ya no se puede hablar de asuntos públicos sin esclarecer previamente el sentido de las palabras. Precisa reinventar el método del Tcheng - Ming que el filósofo chino Kwan - Tse explicaba hace más de veinticinco siglos. Hay que aplicar a cada cosa y a cada idea su verdadero nombre.

En efecto, cuando al franquismo se le gastaron, con el uso y el abuso, las palabras del barroco vocabulario falangista, y sobre todo después que al cerrarle la Declaración de Munich las puertas de Europa, el régimen ha inventado sobrevivir usurpando el lenguaje de la libertad y vistiéndose, disfrazándose más bien, con los atavíos de la democracia, no es posible entender nada de lo que pasa en España sin aplicar el método del Tcheng Ming, dando a cada cosa su verdadero nombre.

V.- La democratización no es tal democracia.

Porque la democracia y la libertad, en la España de Franco, no son cara, sino careta, o antifaz debajo del cual se esconde el rostro canceroso, granujiento y repugnante de la tiranía de siempre, feroz como siempre, aunque reblandecida ahora por la chochez, la corrupción y el miedo al desperstar de la conciencia pública.

Con los franquistas, incluso con los arrepentidos que antes eran falange y ahora empiezan a ser legión, cuesta mucho trabajo entenderse, porque hablamos lenguajes distintos. Para nosotros el pan de la libertad es pan de trigo candeal, y el vino de la democracia es zumo de uva; nosotros llamamos al pan pan, y al vino vino, y tiranía a la tiranía, y crimen al crimen. Y allí se estiran y retuercen y tergiversan las palabras, las ideas y las instituciones, hasta confundir la economía nacional con la hucha del usurero, la Iglesia de Dios con la despensa del cura, y la soberanía política con la hegemonía de una casta militar que, a falta de más gloriosas empresas, acometió hace treinta años la abominable de conquistar, ocupar, sojuzgar y esquilmar a su propia patria.

Cuando yo estudiaba alemán, recuerdo haber leído en el libro de temas una curiosa anécdota que se cuenta acaeció al rey Federico el Grande de Prusia, que, como seguramente sabéis, tuvo la ocurrencia de organizar una guardia real de gigantes. Como no había en Alemania bastantes gigantes para nutrir su guardia, se enviaban reclutadores por todos los países de Europa. Tenía el rey la costumbre, cuando advertía la presencia de un nuevo soldado de la guardia, de plantearle tres preguntas, siempre las mismas y por el mismo orden: ¿cuánto tiempo estás a mi servicio?, ¿qué edad tienes?, ¿te satisfacen el trato y la soldada?.

El capitán de la guardia enseñaba a cada gigante extranjero a contestar en alemán a las tres preguntas de ritual. Pero un día, en que el nuevo soldado era un andaluz, Federico el grande tuvo la ocurrencia de cambiar el orden de las preguntas, entablándose entre el rey y el gigante este absurdo diálogo:

- ¿Qué edad tienes?.

- ¡Seis meses, Señor.

-¿Cuánto tiempo estás a mi servicio?.

-Veinte años, Señor.

-O tú o yo estamos locos.

-Ambos a dos, Señor.

Algo así nos acaece ahora a los viejos republicanos con las nuevas generaciones formadas en el manicomio nacional del régimen franquista: no nos entendemos, porque hablamos lenguajes diferentes. Cuando nosotros decíamos en 1931, y decimos hoy, democracia, decíamos una cosa tan clara como la que proclama el artículo primero de la Constitución republicana: sin el consen-

"España es una república de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de libertad y justicia.

Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo.

La república constituye un Estado integral, compatible con la autonomía de los Municipios y las Regiones.

La bandera de la república es roja, amarilla y morada."

En la neodemocracia en que se está diluyendo, sin enmendar sus vicios originales, la tiranía franquista, el poder es anterior y ajeno al pueblo, es un don carismático que el Caudillo recibió por gracia de la Providencia, siquiera esta vez el Espíritu Santo no advino como en la Pentecostés de Jerusalem, en la forma de una cándida e inofensiva paloma, sino en las chilabas de los mercenarios africanos o entre las alas de los aviones bombarderos de Hitler y Mussolini.

Un poder carismático que, cicatera y parsimoniosamente, comienza a ceder algunos girones de su autoridad a beneficio de las nuevas instituciones de la mal llamada democracia orgánica. Complicado dispositivo este de la democracia orgánica que Franco ha montado tal vez para dar satisfacción a esa diplomacia internacional de farsantes vestidos de levita, y que consiste en suma en una serie de organismos emanados, directa o indirectamente, del propio Jefe del Estado, o de sus lacayos, turiferarios y sicofantes, y cuya sola función es acreditar la confianza que el Caudillo sigue teniendo en sí mismo y de la que sólo piensa responder ante Dios y ante la Historia.

En un viejo libro oriental de la literatura sánscrita -escrito muchos siglos antes de que Homero cantara en su Iliada las hazañas de los helenos- se lee que un viejo sannyasin o asceta hindú, retirado a las soledades nevadas de los Himalayas, había comprendido y aprendido el lenguaje de las aguas y oído murmurar a los manantiales y torrentes: "vamos, vamos corriendo hacia la mar para que la mar no se seque".

Y en tanto el mar, caldeado por los rayos del sol, exhalaba de su seno inagotable las nieblas y las nubes que se remontaban por su propia ingravidez al cielo, y empujadas por los vientos penetraban tierra adentro, hasta las cimas de los montes, donde cuajaban en inmensas masas de nieves perpétuas que, al derretirse, alimentaban al caudal de todos los manantiales, torrentes, arroyos y ríos, los cuales en su ignorancia henchida de soberbia seguían murmurando: "Vamos, vamos corriendo a la mar, para que la mar no se seque".

Pues así, en la sociedad humana, todas las instituciones, todos los poderes, emanan del océano inextinguible del pueblo. Y los gobernantes -carismáticos o no- que en su soberbia se imaginan ser fuente original de poder, se asemejan a los torrentes y arroyos de la parábola hindú que creían alimentar al mar, cuando conceden al pueblo migajas de libertad y piltrafas de soberanía.

Los poderes pasarán. Todos los poderes. Pasará el Caudillo, y sus jercarcas, y sus falsas instituciones, y sus Cortes de amenistas, y su Iglesia farisea y simoniaca; pero España permanecerá, y su pueblo seguirá ema-

nando nuevas instituciones, nuevos poderes, nuevas Cortes alguna vez representativas de la verdadera voluntad nacional, y - ¿por qué no? - nueva Iglesia libre y purificada por la caridad y el sacrificio, a la manera como el mar exhala eternamente de su seno las nubes y las nieves que alimentan a todas las corrientes de agua sobre la tierra.

Lo que España necesita, lo que España quiere, lo que Europa reclama de nosotros, no es democratización, sino democracia. Ni democratización aparente del Movimiento, ni instauración por éste de una monarquía sin el consenso previo y explícito de la voluntad nacional y que, por su origen espurio, estaría condenada a ser la continuidad del actual régimen.

A nadie engaña la comedia de la democratización, y menos que a nadie a los propios españoles que, ya que no pueden expresar de otra manera su indignación, lo hacen con burlas y cuchufletas. Hay en la ley orgánica de las nuevas Cortes hasta diez estamentos de donde salen las diez clases de procuradores; diez estamentos que no son sino diez caños de una misma fuente: la designación del jefe del Estado. El artículo segundo de la nueva ley distribuye los diez estamentos en otros tantos apartados que por ir encabezados por el orden de las letras del alfabeto, de la a) a la j) ha sido bautizado por el pueblo madrileño con el nombre del abecedario.

Según su procedencia, los procuradores de ese abecedario, se llaman gubernamentales, nacionales, locales, profesionales, etc.; pero alguien ha dicho que los más de ellos son digitales, por designarlos el dedo del Caudillo, y los otros sementales, refiriéndose a los viejos cabestros del glorioso movimiento que son ya procuradores vitalicios y por derecho propio.

VI.- Libertad, Justicia, Bienestar del Pueblo.

Y cuando nosotros decimos LIBERTAD, queremos decir respeto y vigencia de los derechos inalienables de la persona humana, de todas las personas que formamos la patria. Libertad de pensar, de hablar, de publicar, de reunirse, de sindicarse, de adorar a Dios los que en El crean, y de no adorarle, sin ofenderle, los que le ignoren.

Libertad del hombre -de cada hombre y de todos los hombres-; porque la libertad del hombre es el fundamento esencial de la soberanía del pueblo. Sin hombres libres, todas las formas democráticas, incluso las llamadas populares, libertarias y socialistas, no pasarían de ser otros tantos disfraces de la tiranía.

Y cuando decimos JUSTICIA, queremos significar igualdad política, social y económica. Entiéndase bien, igualdad que no es identidad ni uniformidad, sino equidad.

Los hombres somos diversos y variados, por ley de la naturaleza, y en la rica diversidad de tipos y caracteres humanos consiste el encanto y el estímulo de la vida, y la belleza del universo. La igualdad lo es de opciones y oportunidades, sin privilegios de clase, posición, nacimiento o confesión ideológica o religiosa, de manera que cada cual pueda expresar y desenvolver plenamente su propia personalidad y enriquecer con sus aportaciones el patrimonio común de la patria y de la humanidad.

Y cuando decimos BIENESTAR DEL PUEBLO, manifestamos que las instituciones todas deben orientarse a consolidar la paz pública, el derecho y el deber del trabajo equitativamente remunerado y la seguridad social, de suerte que el pueblo pueda consagrarse alegremente a crear los bienes económicos de que se nutren el Estado y la sociedad.

Porque es el hombre, y no el Estado, quien crea la riqueza, siquiera en la complejidad de la vida moderna sea precisa una ordenación racional de los esfuerzos, un plan nacional de producción, distribución y consumo, para evitar el despilfarro y asegurar el mayor rendimiento y la más justa distribución de la riqueza.

Mas la diferencia entre el plan de una economía autoritaria y el de una economía libertaria o socialista, es que en la primera, el plan se formula por y al servicio de las castas privilegiadas, detentadoras del poder político, y en una economía libertaria o socialista son los propios elementos de la producción -aconsejados sí, pero no dominados por los tecnócratas- los que trazan el plan, por y al servicio de la sociedad y del hombre.

VII.- Grandeza de la Patria.

Y GRANDEZA DE LA PATRIA. Sí, de la patria. Porque nosotros también somos patriotas y aspiramos a ser dignos de las pasadas glorias de nuestra España, y a crear con nuestro afán y sacrificio nuevas e inmarcesibles glorias venideras.

Toda la política republicana se orientaba ayer y se orientará mañana a dar a cada hombre y a cada pueblo de la península una patria, y una patria grande. Grande no por el imperio, que pasó para no volver, sino grande por la virtud, por el ejemplo, por la cultura, por la pasión creadora que, cuando sea libre, embargará a un pueblo alegre, incansable, pacífico y generoso.

¡Patria!, fatherland, tierra de nuestros padres. La etimología del vocablo define bien el contenido del ideal de patria: tierra de los padres. Una patria supone una tierra y una tradición. Italia, tierra de los italianos; Inglaterra, tierra de los anglos; Irlanda, tierra de los Irlandeses, etc.; Hispania, tierra de los hispanos, es decir, una realidad material, un territorio geográfico, en el que las generaciones que nos precedieron acumularon una civilización plasmada hoy en huertos, campos y jardines, fábricas y talleres, hogares, templos e instituciones, leyes y costumbres, lenguas, cánticos y monumentos, es decir, tradiciones.

Nadie tiene patria si no participa en el tesoro de la tradición nacional, materialmente en los bienes económicos, y espiritualmente en el patrimonio de la cultura. El esclavo, el pordiosero, el mendigo, el desheredado, no tienen patria, pues que carece de patrimonio; es un apátrida en todos los países de la tierra. Sólo el ciudadano, el hombre libre, posee una patria.

Ese profundo sentido tenía la divisa que antaño lanzara el gran profeta republicano don Joaquín Costa: DESPENSA Y ESCUELA. Quería decir que hay que llevar a la despensa del español la parte proporcional y equitativa que le corresponde del patrimonio económico nacional, y hay que abrirle de par en par las puertas de la escuela, desde la parvular hasta la superior, técnica y universitaria, para que por sus propios méritos y talentos tenga acceso al patrimonio cultural que constituye el alma permanente de España. Y sólo entonces podrá decirse que el español ha recobrado su patria.

... ..

Eso quiso hacer, eso estaba comenzando a hacer, con las imperfecciones y tropiezos propios de toda obra humana, pero con la voluntad apasionada e inquebrantable de acertar, la república que nació el 14 de Abril de 1931, como una aurora de esperanza - la frase es del general Franco -: devolver al español su patria, una patria grande.

Por eso, porque el pueblo sabía que la República llevaba inherente a su ser la promesa de esa patria, la instauró en 1931 con sus votos, la defendió en 1936 con raudales de su sangre, en la epopeya civil más grandiosa de la historia contemporánea, y ha seguido laborando para restaurarla en este largo exilio de casi treinta años, y en ese no menos trágico y prolongado silencio de allende el Pirineo, que hoy comienza a ser rumor y muy pronto será sinfonía del futuro renacer de España.

"Cuando después de la tormenta veáis brillar una estrella en el cielo, no preguntéis su nombre: se llama la Esperanza", ha cantado un poeta mexicano. Este despertar de la conciencia civil de que dan testimonio los estudiantes rebeldes, los profesores dignos, los trabajadores, los intelectuales, hasta los jóvenes sacerdotes de la nueva España, es el resplandor de la estrella de la Esperanza que nos anuncia, para muy pronto, la restauración definitiva de la libertad, de la democracia, de la República.

París, 20 de abril de 1968.